



Visita al territorio de Vuillard

Éric Vuillard
LA BATALLA
DE OCCIDENTE

colección andanzas



Primicias



En el principio hubo un gusto común. Una élite refinada y orgullosa. Los nietos de la reina Victoria ocupaban los tronos de Inglaterra y Alemania, un mismo trasero había plantado sus nalgas en dos sillas. Todas las coronas de Europa poseían ancestros que habían dormido en las mismas sábanas. La consanguinidad reinaba sobre una rígida moral a lo largo y ancho de un continente. El káiser era coronel de dragones del ejército británico, y su primo Jorge V lo era de la guardia prusiana. Todo iba a las mil maravillas. Costaba distinguir a los primeros ministros, a los reyes, a los presidentes. La autoridad llevaba más o menos en todas partes el mismo aspecto barbudo, todos los hombres lucían en el cuello una bonita carúncula de pavo. En verano, un turismo chic reunía a todo el mundo en la costa francesa, se jugaba al whist, se compartían las amantes. Aparte de eso, los únicos extranjeros con los que uno podía cruzarse lejos de casa eran marineros, criados o ladrones. Era un mundo de una anterioridad altiva, pero que se financiaba con la lepra de las paredes. Cada uno reinaba sobre su palmo de felicidad gracias al dinero de la copra y del caucho, gracias al sudor de un sinnúmero de trabajadores. Era la Francia de Feuillade y de Mistinguett, la de Fallières y de Poincaré. Fallières era un simpático caballero que fue presidente. Durante la primera parte de su mandato, indultó a todos los condenados a muerte. Conoció a Nicolás II, en Cherburgo, tomaron el té para consolidar la Triple Entente. En 1912 instaló la cabina electoral —pequeña conejera

donde, detrás de una cortina, el hombre rumia sus límites y alza el puño—. Cuando naufragó el *Titanic*, presentó sus condolencias al mundo entero, pero olvidó presentárselas a las familias francesas y se marchó de vacaciones.

En aquella época, los regimientos de dragones constituyen el grueso de la caballería francesa. Admiramos todo un aparato de péplum: morriones, pantalones púrpura, gran equipamiento de talabartes. Pero los austriacos han llevado aún más lejos que los franceses el arte de la guerra y del plumaje; sus regimientos son reconocibles por sus sutiles matices de color: el cereza, el rosa, el amaranto, el carmín, el escarlata o el bogavante. Los ingleses y los alemanes, por su parte, visten de caqui o de gris verdoso; resulta más moderno, pero más triste. ¡Imaginémonos ahora todos aquellos ejércitos cubiertos de galones, de penachos, aquellos trajes de golf mezclados con el tartán, el kilt, la borla, aquellos quepis de colores y cascos en punta, toda suerte de jetas picardas o bátavas, silbando, marcando el paso en medio de un gran charco de sol! Se está preparando una guerra, toda una parafernalia de idioteces, un retraso inaudito, progresos hartamente malévolos, un heroísmo que será aplastado por el hierro. Porque éste es un mundo extraño, de dos caras: a la par muy antiguo, un mundo de salitre y de malvarrosas, un mundo de abanicos y de feos valeses, pero también el mundo de los primeros tanques, de los obuses, de las primeras grandes máquinas para matar. Los cadetes de Saint Cyr marcharán al combate con vistosos uniformes, se verá a jóvenes lampiños, penachera y guante blanco, desfilando durante unos días, hasta que las primeras ráfagas de ametralladora les sieguen las plumas.

Prusia posee desde 1810 una escuela de guerra. Las palabras «escuela» y «guerra» producen, una al lado de la otra, un efecto extraño; nos imaginamos a muchos alumnos en fila, calzando botas que les van demasiado grandes, dormitorios donde te despiertan a toque de corneta. ¿Y qué se aprende en una escuela de guerra? A entrechocar los talones. Porque habrá que esperar un poco para que se desarrolle un auténtico aprendizaje de la guerra. Las primeras escuelas de guerra están pensadas para producir subalternos, criados especializados capaces de asistir a los amos en sus quehaceres. Y es que, durante mucho tiempo, se continuará eligiendo a los mandos del ejército, siguiendo las recomendaciones de una anciana prima, entre los hijos de buena familia. Todo ha de quedar entre amigos, la guerra se representa como una obra de teatro cuyo texto ha de saberse desde la más tierna infancia, los papeles protagonistas están ya reservados, tan sólo las bayonetas forman en fila india en los comederos a la espera de que cualquier mano las coja. La fulgurante victoria de Prusia sobre Francia en 1870 dará al traste con esos antiguos hábitos. En lo sucesivo, se fabricarán oficiales como se fabrican cañones. Se les imbuirán todas las teorías necesarias; participarán en simulacros, en una especie de juegos para adultos. Contempladlos ahora a esos grandes pánfilos corriendo por las frías campiñas y garrapateando en sus cuadernos. Delinean curvas, flechas, borran, rehacen un movimiento de cerco, luego de desbloqueo, ¡y zas!, todo se ha perdido. Se toma nota de los ejercicios. Esos niños mayores dibujan, corren por los barbechos, trabajan en equipo, estudian las probabilidades de morir y de dar muerte. Está naciendo un juego inmenso y apasionante, hasta el punto de que, por un instante, cabría creer que nunca volverán a combatir, sino sólo a pensar en ello. Cabría creer que en lo sucesivo van a correr, anotar, imaginar, anticipar, corregirse, que

las amplias hojas de papel donde trazan sus líneas de fuego concentrarán todas las guerras por venir y que los fines de semana de permiso de esos extraños escolares serán los armisticios soñados de sus ejércitos de mocos y de cartón.

Pero no es ningún juego. La selección es feroz. Se escogen como se escoge hoy en día el ganado destinado a la carne. Está surgiendo toda una ciencia de la contratación. Se reclutan alumnos serios y brillantes, lejos del *furor* y del *impetus*. La guerra se desliga casi por completo del orden antiguo. Impera la razón, es decir, el tiempo, el número y la adición helada de fuerzas. Se precisan buenos capitanes, buenos tenientes, se precisan cavadores, palafreneros, cantineros, caballos, almacenes, uniformes y trompetas. Ahora todo eso va a la cabeza de una columna o de una línea de contabilidad. Hay que prever, clasificar, combinar. Todo se convierte en un oficio, y la guerra es una inmensa empresa que se prepara sin cesar. No se puede vivir sin pensar en ella, no se puede vivir una noche sin aovar un obús. Y el gran hormiguero repleto de huevos grises no es sino el resultado de un cálculo preciso, permanente, asombroso; y, más que cualquier otra cosa, más que su propio resultado, más que su objetivo abstracto de vencer y destruir, parece ser la espantosa maquinación de la nada. Porque, en cierto sentido, nadie, ni el alma más pequeña, participa en la elaboración real de todo eso. Simplemente, millones de manos cargan, arrastran, pulen, cortan, depositan, acumulan los cartuchos, la pólvora, las láminas de acero, millones de ojos miran y no ven. Furia sublime del hombre, tan dulce, tan eficaz. El capataz, el obrero, el comerciante, todos —excepto algunos patricios circunspectos— marchan a la guerra con los ojos vendados, todos avanzan con la mano en el corazón hacia lo inconcebible. Por supuesto, existe el espíritu de revancha, esas razones que se

invocan. Pero eso no basta, eso no basta nunca para explicar por qué, un buen día, millones de hombres acuden cantando a plantarse de pronto los unos frente a los otros y empiezan a dispararse. Existe un calendario del alma que nadie conoce de verdad y que ningún cúmulo de razones, ninguna explicación, por convincente que sea, agota.

Así pues, tenemos a unos jóvenes oficiales competentes, unos magníficos uniformes, pero sigue faltando a quién mandar, sigue faltando aún un pueblo con brazos y piernas para llevar los fusiles y cargar los cañones. Una vez enfundados los dolmanes, abrochados los botones, cosidas las jarreteras, siguen faltando quintos, reclutas, pipiolos, caloyos; sigue faltando carne y sangre. Hubo la leva en masa del año II, y la ley Jourdan-Delbrel de 1798 sobre el reclutamiento. El servicio militar hizo su aparición en Prusia en 1814, con ocasión de las guerras de liberación. El empeño prosperó en el mundo, y, en los Estados de Europa, se convirtió en un medio para una nueva clase de guerra en la que la industria y la carne iban a dar, juntas, un fabuloso ejemplo de despilfarro. Moloch pedía bebida y comida. Las naciones crédulas enviaron a sus jóvenes. Fue una carnicería. El reclutamiento es el nombre de ese estallido, de esa terrible generosidad de los cuerpos, en que la juventud es enviada a morir en medio de los campos de remolacha azucarera.

Atravesar el mundo a caballo



Los junquillos habían florecido a mediados de marzo. Luego les tocó el turno a los cerezos, a los magnolios, a todas esas matas blancas y rosadas que crecen huérfanas en las ramas negras. Aquel año se vieron hermosas flores albas en los arbustos, trenzas de flores muy apretadas, mucho más apretadas que de costumbre. Al parecer, el frío había durado más de lo habitual, y una brusca mejoría lo permitió: una eclosión densa e insólita de todas las flores al mismo tiempo. También las retamas fueron muy amarillas aquel año, de un amarillo vivo y lozano. Ya en abril, los helechos perforaron la corteza húmeda, sus hojas abarquilladas se desenrollaron como pequeños mensajes de amor plegados en la palma de la mano y que se abren con la uña. Los primeros fragores de los truenos resonaron lejanos en el cielo, muy lejanos, pero, como no había nubes, no les prestaron mayor atención. Cada cual siguió viviendo con su aplomo cándido, en su difusa intimidad, participando, trabajando, sin que las primeras colisiones los importunaran.

Las nubes desfilaron por encima de los campanarios, las flores se desparramaron en el aire tibio, los atardeceres fueron hermosos. Los trabajos se hicieron de repente menos agobiantes, los jóvenes corrían a reunirse con sus novias al salir de la fábrica, olvidaban el esfuerzo ingrato frente al lindo rostro sonrosado. Por la mañana, el frescor apenas picaba en la garganta, bastaba la chaqueta para cubrirse, de pronto casi les hacía felices acudir al taller, se alegraban de encontrarse con los demás, de charlar, de compartir

con ellos confianzas triviales. Algunos murmuraban cosas espantosas, pero no les hacían caso; nadie iba a amargarles la primavera. En ocasiones los muchachos se dirigían por primera vez a las chicas, en ese dialecto púdico y orgulloso que transpira una mezcla de escuela y de familia, pero también algo más indiscernible, que vuelve brutal esa ternura, esa dicha de estar solos los dos. Y allí están, hermano y hermana imposibles, extraños. Se encuentran un día, en el baile, en la feria, no importa dónde, y aquello parece responder a una ley secreta, a un azar. Pero tanto si se encuentran en la casa de los padres como si se cruzan en la tienda o en el tren, se espían, discretos y torpes, se alejan prestos para dar la impresión de que no se han visto. Porque tienen miedo, miedo de que el otro ponga fin a la mentira sagrada de su indiferencia. Ansían hablar, abrazarse, tocarse, pero tienen miedo, y entonces es lo mismo, como siempre, es lo mismo desear y tener miedo, es el mismo picor en la piel, la misma astilla.

Y, no obstante, los chicos se acercan a las chicas, cargados de sobrentendidos, dando tumbos con sus grandes zuecos. Las chicas, más burlonas pero también más francas, miran a la cara, las mejillas coloradas, con audacia. Y el deseo se toma su tiempo para invadir todo el corazón, el rostro. Ahora los domingos son largos, cada vez más largos, largas son las jornadas de luz y de hastío. Duermen sobre la hierba, con la tripa llena, un poco ebrios. Bailan a orillas del agua, se ríen, escupen, beben. Cuando llueve, pequeños revoloteos de vestidos y de faldones corren a buscar refugio bajo los cobertizos, bajo los árboles altos. Corren entre risas, recogiendo rápidamente lo que queda, las chaquetas, los manteles, las cestas.

Por supuesto, a ratos sentían una vaga inquietud, pero se negaban a pensar en ella. Por supuesto, había habido algún relámpago, fragores distantes; había aumentado la tensión entre

Francia y Alemania, pero nadie quería pensar en profundidad en la situación de Europa. Aquella primavera preferían ser felices, preferían sentirse orgullosos y felices. Una vez acodados en la mesa, una vez plantado el trasero en la hierba, preferían pensar en algo que no fuera el deber, ni las máquinas, ni las dificultades. Ignorar la aguja que agujijoneaba significaba poder seguir oyendo un rato más el chapoteo del Marne, soñar.

Porque aquellos muchachos y muchachas de 1914 querían seguir soñando, soñando con ese casi nada, con esa mano fresca enlazada en la hierba, con ese beso que, sin decírselo, se habían prometido desde la noche de los tiempos. Querían con todas sus fuerzas esa piel suave, ese cigarrillo de unos céntimos, ese vaso de vino, esa barca abandonada a la corriente. Todos tenían la sensación de que ser feliz era la única elección posible. Sucedió como en todas las primaveras, y acaso un poco más; decían sí, y mejor que de costumbre.

Y de este modo, seguros de su derecho y de sus deseos, sencillos en su amor —en ese instante de la vida que no se cuenta, porque, si no, la vida sabe que en ese momento no pertenece ya al relato, que escapa de él, que lo desborda, que se ha abierto a todo ella misma, sin dejar el menor espacio ni el menor resquicio donde explicarse y decirse—, así, llenos de sí mismos hasta los bordes, entre la gran barahúnda primaveral, con una minúscula chispa de duda en su carne, así era como se embriagaban. La voz que canta y susurra, la mejilla sonrosada, anhelante, el cuerpo dúctil, todo eso se niega a oír otra canción. Todo eso avanza y se araña con la zarza, pero sin sentirla. Y sin embargo todo está ahí, evidente, singular; una juventud que está a punto y lo ignora, la desgracia a bocajarro, los rostros olfateados por hocicos, ese vestido blanco que va a desgarrarse. Uno tiene ganas de gritarles ¡Cuidado!, tiene

ganas de avisarles, pero sabemos que es inútil, sabemos que no quieren oír nada. Quieren ser mecidos por el sol que asciende. Y hay que imaginar ese gran dislate inminente, esa incoherencia entre un mundo joven, gozoso, y esa jabalina emboscada —la jeta brutal—. Porque el mundo ya chisporrotea, los archiduques ya han formado, ya hay algo que tartamudea y fabrica todos los obuses y cañones necesarios. La guerra es una sorpresa, una sorpresa que se prepara. Las frentes despejadas se inclinan y sacuden la cabeza. El miedo pule las culpas, plancha las arrugas, pisotea. Preparan su prédica. La parrilla está lista, la llana rasca la pared, podrán desgarrar la carne como si fuera pan.

A los rebaños de jóvenes cabritos, con sus labios húmedos y sus estrechas pezuñas, los habitúan poco a poco a la idea de la sangre. Desde muy niños les presentan a la muerte bajo un traje de gloria y de teatro; ellos fingen creérselo, salen de clase y se olvidan. Pero aun así recuerdan que quizá necesiten de ellos, de su fe intacta y sana. Tal vez los necesiten para pisotear una serpiente grande, otro día, en otra ocasión. El tizón lo llevan clavado en la carne, en el lugar adecuado; bastará una llamarada, nada más: con respecto a lo demás, ya se verá. La escuela les habla de un enemigo, de una tormenta; y, cuando sea menester, correrán, no ya hacia el río o hacia el cenador, sino hacia la muerte. Mientras sueñan con lo que les han dicho, se imaginan que atravesarán el mundo a caballo para librar una guerra de apenas unos segundos, sangre, gritos, el arco florido; una cabalgada, y luego —el nacimiento.

Pero lo que está ahí, a la vuelta de la esquina, es la muerte, ávida y paciente embustera. Ella es la que hablará Sarajevo, la que hablará movilización, honor y todo lo demás. Los soldados

comprenderán muy pronto que los han mandado hasta allí para algo que nada tiene que ver con lo que les han dicho, muy pronto sabrán que el deber, la patria, Alemania y Francia, ¡en fin!, son un decir, historias que les cuentan para arrastrarlos lejos de sus casas. Lo entenderán todo muy pronto, pero demasiado tarde. Verán que su vida, ahora, no importa nada, que han prevalecido otros intereses muy distintos, que su vida entera ha sido requisada, vendida, arrojada a un gran sacrificio que no tiene la menor utilidad para ellos. Muy pronto verán que los han arrastrado a la cita espantosa, que los han privado de cuanto conocían y que les piden que sacrifiquen, por las buenas o por las malas, ese hermoso frescor que les envidian. Se percatan de que los han hecho venir para que pierdan esa felicidad sencilla y esa alegría que era la suya. Ven alejarse de ellos todo lo que ansiaban vivir. Y en esa pesadilla en la que los han embarcado, bien mirado, cabría encontrar un poco del invierno pasado, un poco del trabajo que procuraban olvidar aturdiéndose en el aire frío. Son de nuevo las máquinas, son las sólidas articulaciones de acero, los ruidos, las órdenes, la ausencia de amor. Viene a ser la misma existencia, sólo que peor, la misma cadena de hierro, pero ahora la muerte está incesantemente presente, incluso es la única cosa que se fabrica. Y demasiado tarde caen en la cuenta de que el tiempo nos hace descuidar siempre aquello que amamos, y luego nos lo arrebató; y aprenden, tumbados en la pocilga, que tardamos en ver lo que amamos y en amarlo de verdad (si es que amar es lo mismo que ver), que no sabemos amar lo suficiente ni ver lo suficiente, y que sólo después, mucho tiempo después, cuando la pequeña mandorla de la costumbre se disipa, y cuando —desde detrás del telón— un actor que creíamos muerto se incorpora, se quita el disfraz y nos llama, entonces es cuando nos invade la tristeza. Y en el momento en que la inquietud, la primera,

el indicio mal entrevisto, se aparta de su campo de visión, todavía ignoran que ese nimbo que han creído ver en torno a los vestidos, que esa bonita verdad que vislumbran entre las ramas, van a arder y a pudrirse en un jirón de azur.

A los que nos ofenden



El rostro de Schlieffen resume toda su historia. La boca es amarga, los párpados grávidos. En un célebre retrato, el conde Alfred von Schlieffen, enjuto anciano avinagrado, sujeta —con la mano sonrosada y lisa de quien nunca ha dado ni clavo— el pomo de su espada. Sin embargo, clavos los clavará en todos los corazones, en todos los pechos de Europa. La vieja osamenta ostenta una cruz en el cuello, tres más en el costado derecho y una apretada línea de cruces y medallas sobre las costillas. Es hijo de militar, ingresado joven en el ejército, participa en la batalla de Sadowa y en la guerra de 1870. Pero ya pertenece al estado mayor del gran duque de Mecklemburgo. Ingresará pronto en el alto estado mayor, en el que a partir de 1884 será jefe de departamento, cuatro años después cuartel maestro, y en 1891, a la edad de cincuenta y ocho años, llega por fin a dirigirlo. Es, por tanto, una vida entera en el estado mayor. Una vida de mapas, de cálculos, de frías especulaciones. Toda una vida dedicada a considerar la guerra, a planificarla, a imaginar lo peor.

En 1905, Schlieffen presenta su plan de estrategia ofensiva contra Francia. Sostiene que la guerra será corta. Él lleva, en cierto modo, una guerra de ventaja. Su plan es una de las profecías más minuciosas de todos los tiempos. Anticipa la futura guerra con fervor matemático. Una serie de cálculos inflexibles debe determinar el encauzamiento de las tropas. Y todo eso en el mayor secreto; ni siquiera el ministro de la Guerra está al corriente. Todo el mundo es

mantenido al margen de la gran operación. Schlieffen prevé una ofensiva y, después, una victoria rápida, pero no se plantea, en caso de marasmo, ninguna solución de emergencia. Cabe decir, pues, que sumiría al mundo en un conflicto fulminante o en una guerra sin fin. En cualquier caso, a Schlieffen no le interesan los motivos del conflicto ni otras salidas posibles. En realidad, no sabe por qué debe entrarse en una guerra, pero está convencido de que es necesaria. Le repugna la diplomacia. Una existencia entregada a plantearse la vida humana como un simple elemento acaba convirtiéndolo en un hombre altivo, que vive entre convicciones abstractas. Considera que la fuerza es la única respuesta a la hostilidad. Para él, la guerra se confundirá cada vez más con la elaboración de su Gran Memorando.

¿Y qué se dice en ese plan? Se dice que la alianza franco-rusa obligará a Alemania a batirse en dos frentes. Que por consiguiente es menester librarse de uno de esos dos adversarios. La idea de partida es sencilla, pero la concepción detallada será muy enojosa. No es posible atacar a Francia frontalmente, es una auténtica fortaleza desde que el general Séré de Rivières levantó, tras las fronteras de Alsacia y Lorena, una doble red de fortificaciones. Por lo tanto, propone rodear esas construcciones defensivas por el oeste, mediante una gran maniobra de desbordamiento. Mientras el esforzado ejército marche hacia Francia, pasando discretamente por Luxemburgo y por un pedazo de Bélgica, Schlieffen prevé dejar en el este un flojo cordón defensivo frente al ejército francés, un señuelo de hierro y hormigón.

Hacia el final de su carrera, Schlieffen fruncía constantemente los labios, con aire descontento, como si dudase entre la frialdad y las lágrimas, como si hubiera sufrido no se sabe qué afrenta, una afrenta que sólo se hubiera atrevido a confesar tachando y

enmendando sin cesar su plan, perseverando en tan desesperada tarea, hallando en cierto modo refugio —el rostro ardiente, la mirada, una de las más tristes que he visto— en ese gran rodeo de las colinas de Francia, deteniéndose en un nombre, en una hipótesis apenas apuntada, fascinado por el misterioso relieve que cobran los cálculos en el detalle. Y, de repente, perdía toda contención, barría de un manotazo la neutralidad belga —¿por qué molestarse por un acuerdo de papel?—. Y bruscamente imaginaba el ala derecha del ejército alemán atravesando Bélgica de un solo movimiento, inmenso ballet de soldados, caballos y cañones, violando el valle del Mosa, bombardeando Lieja, pisoteando Brabante y Henao; y luego, después de Flandes y de las Ardenas, torciendo, curva regular, y arremetiendo hacia el sur, para envolver París —la ciudad más feliz del mundo—, y más lejos, más lejos aún, una vez bien restregadas Yonne, Brie y Champaña, enfrentándose con el ejército francés, repeliéndolo hacia el Jura, donde el ala izquierda del ejército alemán, como la parte pequeña de la pinza del cangrejo, se cerrará sobre él. En ese momento debería producirse lo soñado —la gran batalla—, entre las lagunas de la Bresse y el valle del Saona. Allí, la gran estratagema se apuntala, arqueándose, y concluye, exactamente cuarenta y dos días después del inicio de la guerra, como si todo se hubiera medido con un minucioso cronógrafo. Siete enormes gatos de tornillo se cierran de pronto sobre los ejércitos franceses y, poco a poco, su comandante en jefe —al igual que Varrón vio su ejército masacrado en unas horas por la caballería de Cartago— asistirá al aniquilamiento total de sus fuerzas.

Y ya está. Es lo que se llama un sueño: meticoloso, sabio. Se asemeja un poco a esas amplias previsiones de beneficios que, desde John Law hasta nosotros, se hacen con la participación involuntaria de una masa de gente, y que acarrearán infaliblemente el

sacrificio de un gran número de personas. Al parecer, esas refinadas maniobras son aplicables a la sociedad entera, del mismo modo que la guerra de Schlieffen debía acabar con no sé qué amenaza proveniente de la noche de los tiempos. Se quería abolir el riesgo y el tiempo, el capricho y las circunstancias. No se escucha a Huygens, que había vuelto su pequeño espejo hacia las estrellas y había observado durante noches enteras los anillos de Saturno y la nebulosa de Orión; no se presta atención a lo que dijo de la esperanza, a todos sus razonamientos sobre los juegos de dados que vienen a ser como esos soldaditos a quienes se arroja al campo de batalla, y que giran, giran y caen. Y Bernoulli, ¿se ha leído alguien lo que escribió sobre los juegos de azar? Porque la guerra, en suma, es como un gran juego, un vasto tapete verde donde se escamotean las vidas. Y tal vez sólo Francis Galton, inventor del saco de dormir y del anticiclón, estaría de acuerdo en afirmar que cabe establecer correlaciones entre una compañía de húsares, el tiempo que se estropea y un grupo de enemigos aislados, lo cual así se aplicaría para treinta o cincuenta compañías de húsares, de dragones, de infantería, en tiempo de tormenta, con niebla o con sol, en las colinas, en las turberas o en los prados, y que por lo tanto es posible pronosticar a qué abocará una guerra en cuarenta y dos días; sí, sólo Francis Galton, tal vez, habría creído posible llevar a buen término tal cálculo, él que creyó descubrir, fusionando en una sola imagen una multitud de retratos, la morfología criminal. Pero, aparte de él, sin duda poca gente habría creído eso posible. Y el sueño meticuloso de Schlieffen, su gran embestida final al corazón de Borgoña, habría debido permanecer en los desvanes del estado mayor, como raras piezas de museo. Pero no se queda ahí el plan de Schlieffen. Porque, una vez derrotada Francia, hay que volver a ponerse en marcha, no hay un instante que perder; los soldados

alemanes han de sacar la bufanda, arrebujarse en el capote, untarse las mejillas con glicerina y después —tras ser felicitados por su victoria— deben tomar el tren nocturno hacia el este, para ir hasta el fin de la tierra firme, a aplastar a los rusos.

Veamos ahora a ese hombre austero, ya jubilado, meditando en su piso de Berlín. Sigue cavilando sobre su plan, día y noche lo pule, y sobre todo refuerza el ala derecha, esa inmensa ala de cuervo que quiere cerrar sobre Francia. Semana tras semana agrega batallones, unos miles de hombres y de fusiles. Quiere que esa ala armada bata pesadamente y penetre en Francia sin esfuerzo. Seguirá retocando su plan hasta su muerte. Su mano arrugada seguirá trazando líneas en mapas que amarillean, desplazando hombres de papel en un país de nombres. No se mueve de su despacho hasta medianoche, repitiéndose que un plan de agresión debe ser perfecto so pena de acabar convertido en una guerra de desgaste. Y, ahí, Schlieffen cree entrever el monstruo de una guerra inconcebible, interminable, eterna; y él que tanto ama la guerra, que le ha dedicado su vida, se percata de que, en el fondo, la odia, y de que si se ha pasado la vida planeándola, lo ha hecho sólo para librarse de ella de una vez por todas, para dar con la solución más rápida, la menos costosa.

Entonces rehace sus cálculos, calibra de cabo a rabo su visión invasora. Corta puentes, hace pasar a una compañía de una a otra orilla, desborda Amiens, fulmina Picardía. Ve los charcos de la carretera, la grava ardiente, marcha con sus hombres, suda, se ahoga. Escruta durante treinta años el mapa de Flandes como si buscara la solución de un enigma. Pero ¿qué tiene Flandes tan misterioso para que lo ausculte de tan cerca, para que lo sitie con los ojos a lo largo de toda una vida? Nada, Flandes es un simple entramado de marismas, la madriguera de algunas abadías. Sin

embargo Schlieffen lo resigue con la mirada y escruta la turbera con la pupila. Busca. Dispone cuerpos de ejército imaginarios, pero el objeto de sus itinerarios nocturnos no es poner en juego los auténticos efectivos de los verdaderos ejércitos, sino sólo evaluar una y otra vez las capacidades de desplazamiento. Su obsesión son las carreteras y el ferrocarril. Se pasa la noche transportando soldados, dormita en la rutina de las locomotoras y se despierta con el chu-chú de sus pitidos.

Schlieffen recorre los trazados planimétricos como Le Nôtre recorría su jardín. Desliza un papel de calco sobre las curvas de nivel, sueña con las orillas del Sambre, sueña con ciudadelas, espuelas. El mundo se le antoja una gran fortaleza. Quiere tomarla. Y durante toda la noche traza líneas que son columnas de hombres en marcha, una vez más quiere comprobar cuántos soldados pueden cruzar de una orilla a otra, y en cuánto tiempo. Porque necesita articular una inmensa tenaza de seiscientos cincuenta kilómetros. Porque las mandíbulas de esa bestia enorme deben pesar lo necesario, contando hombres y máquinas. Ya muy entrada la noche, el anciano Schlieffen sale de su antro de cuero, está ahí su hija, fruta dulce que saciará su sed. Schlieffen bebe la ternura y la atención que ella le procura. Y, a cambio, le lee algunas páginas de estrategia o de historia militar. A veces son unas líneas extraídas del testamento de Helmuth Karl von Moltke, otras veces son las páginas meticulosamente heroicas de Clausewitz. Helmuth Karl es el vencedor de Sadowa y de Sedán. Fue también un as del desplazamiento y el avituallamiento de las tropas; es el autor de dos fantásticas maniobras de embolsamiento. No hay nada tan hermoso ni tan elegante como circundar metódicamente al enemigo para luego reducirlo a la nada. Es una alegría que pocos hombres han conocido. El olor de la pólvora cobra en esos casos un regusto a

miel y a anís. A diferencia de las guerras napoleónicas, comienza, el 3 de julio de 1866, con la batalla de Sadowa, la época de las maniobras masivas, de los amplios movimientos de hombres y de fuego. Se efectúan ya de seis a ocho disparos por minuto. La progresión de las tropas en línea, formando cuadrados y rectángulos regulares, se flexibiliza. El transporte de soldados por ferrocarril lo acelera todo. Los inicios del telégrafo y del teletipo permiten llevar a cabo planes complejos y detallados. Así, Von Moltke el Viejo planeó hacer converger sus tres ejércitos en un amplio movimiento de embolsamiento y destruir a los austriacos. Cosa que hicieron. Para Austria, supuso una debacle; hubo un ataque masivo en el centro, y a continuación los prusianos rodearon sus alas para aplastarlos. Idéntica maniobra se producirá en Sedán, en 1870, donde Mac-Mahon se refugió en su fatídica hondonada. Nada mejor, en efecto, que ocultarse en la depresión de una colina, al abrigo de nada. El 30 de agosto, Mac-Mahon decide finalmente cruzar el Mosa y marchar hacia Sedán, donde van a confluir dos ejércitos alemanes. Mac-Mahon decreta: «Descanso para todo el ejército mañana, 1 de septiembre». No corta ningún puente y se limita a conducir a toda su gente a una loma. Allí encienden hogueras, acampan y cenan. Entonces comienza el gran movimiento envolvente prusiano. El 1 de septiembre, Mac-Mahon resulta herido en la nalga por el estallido de un obús; poca cosa más ocurre. Hasta que sobreviene el desastre, oleadas de hombres aterrados, de caballos, de cañones. Al final, todos quieren salvar el pellejo, todos quieren entrar en Sedán y golpean la puerta de la fortaleza. Los cuerpos chocan entre sí, se asfixian. La ciudad arde. Entran en una ciudad en llamas. Nadie sabe lo que ocurre; no se entiende ya nada. El amable imperio que tan bien funcionaba, que tanto había aportado a Francia, se hunde en unas horas. El emperador ordena que se ices la bandera blanca.

La izan una vez, cae, la izan de nuevo. Ya está, Francia ha muerto. Guillermo I lo ha contemplado todo desde una colina cerca de Frénois, acompañado de su estado mayor y de Bismarck; han pasado un rato agradable. Guillermo se alisa sin cesar sus formidables mostachos; Napoleón III se estira de forma mecánica los pelos de la perilla. Pueblos de castores y de cabras, prusianos y franceses se llevan pésimamente desde hace tiempo. El fusil Chassepot no ha bastado al soldado de Francia, pese a los botones encerados de sus polainas. El ejército francés ni estaba preparado ni era lo bastante numeroso. Era un ejército de principiantes, que cargaban sus cañones de bronce por la boca.

Y así, existía ya por parte del gran Moltke, como más adelante por parte de Schlieffen, y un cuarto de hora o de siglo después por parte de Hindenburg, un desprecio por las victorias fáciles, tácticas; necesitan un primoroso embolsamiento, un barrido inusitado, primero a escala de una llanura, y luego a escala de un departamento, de un país. No desean esas victorias comunes y corrientes con las que se contentan los Joffre y los Pershing, no se conforman con que el enemigo retroceda o se retire: prefieren, a todas las victorias de un Fabio, cualquier derrota de Aníbal. Prefieren el terror causado en la noche por las antorchas en la ratonera de las rocas de Formia, a toda la sangre fría y el discernimiento romano, a una sutil guerra de desgaste, a una economía de hombres y medios. Les encantan el consumo desmedido y las ofensivas de excelso estilo.

La boca de Hindenburg guarda parecido con la de Schlieffen, las comisuras de los labios caen con los mostachos, un mismo tipo de dureza teñido de tristeza, una profunda amargura; tal vez sea eso lo que los alemanes denominaron «voluntad». A todos les gustaría golpear con su batuta el atril de una ópera, todos querrían su Trebia,

su batalla de Cannas. Todos querrían cenar en el Capitolio. Y, perdido en ensoñaciones, el anciano Schlieffen pasa su dedo amarillo sobre una página de su Von Moltke: «La paz eterna es un sueño que dista de ser agradable», lee en voz baja. «En cuanto a la guerra, constituye una parte esencial del plan divino respecto al mundo.» Esta frase le hace pensar, se desenrosca el monóculo. El gran Moltke amaba la guerra. Sí. La amaba con un amor desenfrenado, exclusivo. ¿Y él, Schlieffen, la ama lo bastante? ¿La ama lo bastante como para desear para la victoria? ¿Lo bastante para arrancarle su cresta de gallo? ¿Lo bastante como para concebir la mayor de las batallas, una batalla inmensamente alargada, compuesta de un solo y gigantesco movimiento, como una enorme bofetada a Francia? Sí, Schlieffen cree que la odia y que la ama, y porque la odia todo lo que puede —paralizado de terror—, la ama apasionadamente. Y se inscribe así en una herencia de deseos: Schlieffen, Helmuth Karl, Clausewitz.

Imaginemos ahora a un niño de doce años, portaestandarte de un regimiento de infantería. Avanza titubeante llevando la bandera durante el desfile victorioso de Maguncia. La multitud entusiasmada recibe al joven portaestandarte; lo ascenderán a oficial; en lo sucesivo, seguirá su camino a caballo. Ese niño es Clausewitz. Como tantos pensadores alemanes, desciende de una estirpe de teólogos y de pastores luteranos. Ha vivido entre las imágenes gloriosas de la Prusia de Federico el Grande. En el siglo XVIII, la teología pierde crédito, la sustituyen las Luces. Pero, para un prusiano, existen dos caminos hacia las Luces. El de Kleist, que, presente también en el asedio de Maguncia, abandona las armas, entra en la universidad y, fulminado por la incertidumbre, se metamorfosea en poeta y muere, de un balazo en el cráneo. Pero existe también el maridaje inopinado, y muy prusiano, entre el saber

y la guerra. Así pues, dos senderos hacia las Luces: la poesía o la ciencia de las armas.

Lazare Carnot, llamado Carnot el Grande o el Organizador de la Victoria, es un oficial del cuerpo de ingenieros, brillante geómetra, que se sumó a la Revolución y luego a la Convención. Elegido miembro del Comité de Salvación Pública, se ocupó de asuntos militares. Creó los catorce ejércitos de la República. De ellos nacerá el Gran Ejército del Imperio. Será uno de los artífices de las victorias de la Revolución y de Bonaparte. Los medios materiales y la táctica, renovada por él, se hallan entre las causas de los reveses prusianos. Clausewitz, en su deseo de penetrar la esencia de aquellas victorias, discernirá bien entre el racionalismo militar y el entusiasmo de los ejércitos del pueblo; pero no verá que ese entusiasmo no puede desligarse de su contenido de lucha y de esperanza. En principio, un nacionalismo y un ideal militar podrán reemplazarlo e instilar el mismo vigor; faltará, no obstante, el contenido positivo, una justificación política profunda. El pensamiento de Clausewitz, racional y poético a la par —forjado en el cruce extraño de la espada, el espíritu y el sentimiento—, celebra el dolor y la regeneración, hijos del aislamiento y de la derrota. Todo ello no es sino la consecuencia del maremoto revolucionario: una exaltación de la cultura, que no suele ser más que la tradición disfrazada; pero también una exaltación de la fuerza, de la energía y de la voluntad, con vistas a trocar una humillación en victoria. Las cicatrices de la derrota pasan a ser los estigmas de una elección; la victoria venidera deberá ser proporcional a los sufrimientos padecidos. El populismo será una manera eficaz de remedar la democracia, conservando todos los valores del viejo orden; el nacionalismo imitará el fervor de los nacionalismos republicanos sin las ideas políticas de la Revolución; expresa una teoría del dolor a

través del destino de un pueblo. Será el postrer don del dios austero de los predicadores, la fórmula de su desquite: avanzar en el espíritu moderno portando cuanto se pueda salvar del antiguo, al igual que los kamikazes llevaban en la cabina del avión su sable de samuráis.

Kleist murió de una suerte de crisis nacional convertida en fracaso personal. La visión de la Prusia derrotada constituye la esencia de su posición en el mundo y de su psicodrama. Clausewitz busca en las ruinas la teoría de su valor y de sus esperanzas. Sabe que la Revolución inauguró una nueva era, pero se desmarca de sus valores. Necesita, pues, formular un pensamiento capaz de tomar de Francia lo que llevó a ésta a la victoria, pero cuyo contenido será totalmente distinto. Y eso impulsará a Prusia y más adelante a Alemania hacia ese nacionalismo militar que es un suicidio de casi un siglo.